

consulta de un Intruso charlatán. Pues apenas cerciorados del hecho, debemos anotar cuidadosamente el nombre del cliente, día de su asistencia a la consulta, enfermedad que la motivó, y, si podemos averiguarlo, resultado obtenido. Inmediatamente enviaremos copia de estos datos a los compañeros todos del distrito y hecho esto, ya no tenemos que hacer más que esperar.

Alguna vez necesitará este cliente asistencia médica para sí o su familia y en el momento que esto suceda, el médico avisado hará ver seriamente al tal cliente que, para recibir dicha asistencia, es indispensable presente antes un escrito en que denuncie la que recibió del intruso, tratamiento que le dispuso y cantidad que cobró; escrito que será presentado en el Juzgado a los efectos oportunos. Si no se aviene a esto, dicho cliente no debe recibir asistencia de ningún profesional del distrito, hasta tanto no acceda a esta justa pretensión.

Cumpliendo todos a rajatabla esta consigna, ¿qué creen que sucederá? Que lógicamente pensando, el noventa por ciento de los pacientes, cuando vean que los médicos no cedemos por nada del mundo, antes de verse sin asistencia, denunciarán los hechos que se pretende, y en el momento que sean castigados como se merece, media docena de frescos de esos que

lo mismo arreglan un brazo que dicen descompuesto, que curan la rabia o el mal de ojo, se acaba el intrusismo.

Si no lo impiden, persiguiendo a los pobres médicos a requerimiento de cualquier tramposo, como en el caso que en otro lugar comento, los Colegios médicos y las autoridades, que todo puede suceder, a juzgar por el quijotismo con que todo el mundo acostumbra a proceder en defensa de la salud de cualquier sinvergüenza, *cuando ésta no se ha alterado*, que cuando de verdad se altera con evidente perjuicio para la humanidad, entonces ya no la defiende nadie.

Porque una cosa es predicar y otra es dar trigo. ¡Qué poco trabajo cuesta mandar en el bolsillo ajeno!

H. DOMINGUEZ

Vacantes para todos los gustos

Plazas vacantes para esquirols, o sea para los desgraciados compañeros dignos de ser escupidos al rostro.

Maranchón (Guadalajara), Partido de Molina de Aragón. Se anuncia la vacante para las familias pudientes, (habrá que verlas), con la dotación de 7.500 pesetas ade-

más de los derechos por las consultas y asistencia a partos. Se hace constar que hay un Médico encargado de la asistencia a los pobres, (al que por lo visto tratan de reventar los pudientes). Anunciada en el B. O. del 27 de Agosto.

¡Duro con ese compañero, distinguidos esquirols!

Ojos Negros (Teruel), Partido de Albaracín. Se halla vacante la asistencia a los vecinos pudientes, (¡que suerte de esquirols!), con la dotación de 6.000 pesetas anuales. Anunciada en el B. O. de 2 de Septiembre. Como dato curioso, se exige al ¿agraciado? se presente a tomar posesión el 29 del actual

¡Qué caprichosos son los pudientes de Ojos Negros, hombre!

Sinlabajos y su anejo Douvidas (Avila) Aquí se anuncia Titular y pudientes, por el recomendable motivo de que *no paga nadie* y el Titular se ha visto precisado a dimitir.

¿Lo mandará procesar el Colegio de Avila? ¡Porque es lo que faltaba al pobre hombre.

Forniche Alto. No dice de qué afortunada Provincia. Por manejos caciquiles, (según reza el anuncio), de un tal D. Carlos, médico retirado, (¡olé los compañeros!), se pretende destituir al Médico titular y capitular, en concordia con los pue-

— 40 —

Escobón. Eso es una vergüenza.
 D. Judas. No debe consentirse... Tú debes oponerte resueltamente a que vuelva.
 Escobón. O él, o nosotros.
 D.^a Carmen. ¡No volverán, yo os lo juro!... ¡Ni él, ni ella! (Entra violentamente a la alcoba) ¡Al fin te has empeñado en que venga ese hombre!... ¡Qué dirá el pueblo!... ¡Qué vergüenza!... ¡Y han venido los dos...! los dos!... Esto es escandaloso!...
 Emilio. Pero ¿por qué?
 D.^a Carmen. ¿Y lo preguntas!?... ¡Este hombre es un idiota... o está loco!...
 Escobón. (Con calma.) Hombre... yo creo, que permitir la entrada en tu casa a ese hombre... es un escándalo... Ahora que... allá tú...
 D. Judas. No se te puede negar que estás en tu casa y puedes recibir en ella a quien te plazca, pero te pones en ridículo...
 D.^a Carmen. ¡Como que no han hecho más que venir y ya está escandalizado todo el pueblo!... ¡Qué vergüenza!... ¿Y qué te ha dicho? Porque supongo que habrás tenido el valor de hablar con él?
 Emilio. Naturalmente, si ha venido a verme.
 Escobón. ¡Qué barbaridad!
 Emilio. Y va a operarme.
 D. Judas. ¡Atiza!
 D.^a Carmen. ¡A operartel. De ninguna manera! ¡Aquí no

— 37 —

Emilio. Qué tranquilo me quedo.
 D. Alberto. Voy a continuar la visita y volveré a recoger a Carmencita.
 Emilio. ¿Me visto?
 D. Alberto. No señor, ¿Para qué?
 Emilio. ¿No voy a trasladarme a la Clínica?
 D. Alberto. Si usted lo desea, sí... Pero esta tarde... No quiero que pueda pensar su hermana, ni el egoísta de su marido, que hemos venido a darle un atraco, como han venido ellos... Nosotros dejamos libre su voluntad... Hasta luego. (Salen al Gab. Cam. y Alb.)
 D.^a Eloisa. Cuánto han tardado ustedes.
 Carmenita. Hemos hablado de muchas cosas... (Con alegría) Pero estoy más contenta.
 D.^a Eloisa. ¿Cómo le encuentra usted?
 Carmenita. Dice que no es grave.
 D. Alberto. Es grave, sí señora.
 D.^a Eloisa. ¡Cómo!
 D. Alberto. Pero se pondrá bueno.
 D.^a Eloisa. ¡Ah!
 Antonia. ¡Ah!
 Carmenita. Eso he querido decir yo. Que se pondrá bueno.
 D. Alberto. Por cierto que me alegro mucho haberle visto. Hubiera sido una locura trasladarle a Madrid como pensaban.
 D.^a Eloisa. Ya lo decía yo.
 Antonia. Eso eran cosas de la señora.